

La paz no es solamente la ausencia de la guerra

JESÚS GUALDRÓN


El 20 de febrero de 2002 se dan por terminados los diálogos que -en medio de grandes contradicciones y vicisitudes- habían tenido lugar en el Caguán desde comienzos de enero de 1999 y que vistos de manera estricta no constituyen, en realidad, una negociación, en tanto las partes no lograron construir una agenda que permitiera su avance en dirección a la solución de los grandes problemas estructurales que subyacen a la existencia del conflicto. Por el contrario, los asuntos trascendentales, tales como los relativos a la solución política del conflicto, la soberanía nacional, la ampliación de la democracia participativa en detrimento del clientelismo, el respeto y práctica consecuente de los derechos humanos y de los derechos de la oposición política y la movilización popular, el desmonte y castigo del paramilitarismo, el modelo económico, la reforma agraria, los recursos naturales, etc., no fueron considerados por el Gobierno como puntos que pudieran hacer parte de una agenda de negociación con la insurgencia: "Para el Gobierno nada de lo sustancial es negociable" (Entrevista con Manuel Marulanda, Voz, mayo de 2000).

Los dignatarios del gobierno de Pastrana -y él mismo- reconocen la improvisación con que llegaron a la mesa de diálogo y la existencia de una agenda paralela que el entonces negociador, Fabio Valencia, define en los siguientes términos: "Así la guerrilla, de alguna manera, se estuviera fortaleciendo, el Estado también tuvo más tiempo para reestructurar las Fuerzas Militares, dotarlas con armamento más sofisticado y darle moral en el combate. El Presidente Pastrana, muy hábilmente, a medida que eso se fue prolongando, le dio un gran impulso al Plan Colombia y un gran fortalecimiento de las Fuerzas Militares" (El Colombiano, 02/03/2012, edición digital). Por tanto, no puede aceptarse simplemente la interpretación unilateral según la cual fueron las FARC las que se aprovecharon de la coyuntura para su propio fortalecimiento. Al terminar ese periodo, el régimen había logrado no solamente los propósitos antes enunciados, sino la deslegitimación internacional de la insurgencia armada, su caracterización como grupo terrorista y la generación de un ambiente político interno favorable al escenario de los gobiernos liberticidas de Uribe Vélez que vinieron a continuación.

Los diálogos tuvieron lugar en medio del conflicto armado, situación que fue aceptada por las partes. Pero más allá de la confrontación directa entre estos dos actores, el periodo se convirtió en un espacio de crecimiento y fortalecimiento del proyecto paramilitar, el cual logró avanzar en su propósito de extender su régimen

de dominación en extensas áreas del territorio colombiano en función de la acumulación violenta de riqueza y de la monopolización del poder político en contubernio con las elites regionales, ante la mirada impávida de los gobernantes de turno.

El fracaso rotundo de este intento de negociación no puede, sin embargo, ser considerado razón definitiva para renunciar a la búsqueda de la paz negociada y decidirse por la salida militarista que implique la derrota de la guerrilla como condición para la solución del conflicto social y armado que afecta al país. Los costos humanos, sociales, económicos y políticos son muy altos como para continuar insistiendo en esa vía. Y, es evidente que la insurgencia armada en Colombia dispone aún de recursos suficientes para enfrentar al Estado, a pesar de los golpes recibidos por ella en el último periodo. Eso, por una parte. Pero, por otra, no puede pretender el Gobierno que los gestos de paz provengan exclusivamente de la guerrilla. ¿Acaso no entiende que su política social, su entrega total y antipatriótica a las exigencias del capital transnacional, la destinación de ingentes recursos para el gasto militar, para sólo citar algunos ejemplos, constituyen insumos que avivan la violencia y generan permanentemente nuevos conflictos?

La paz no puede ser concebida solamente como la ausencia de la guerra. Ella debe ser un espacio de democracia, de equidad, de justicia social, de desarrollo humano, de solidaridad y convivencia. Los movimientos populares y sociales colombianos tienen cada vez mayor conciencia de ello. Tal vez sea su accionar beligerante a favor de la paz la ganzúa que abra la puerta hacia ella. La llave de Santos no parece estar disponible por mucho tiempo. 

DATOS IMÁGENES

Las imágenes presentadas en este número fueron tomadas de las fuentes indicadas en cada pie de foto.

*En portada:
Montaje fotográfico

*En Bandera y contenido:
Países amigos y organismos internacionales en Los Pozos.
Imagen: Archivo Semanario VOZ.

* En esta página:
San Vicente del Caguán.
Imagen <http://www.elespectador.com/noticias/paz/imagen-327809-municipio-de-san-vicente-del-caguan>

Agradecemos especialmente al **Semanario VOZ** por permitirnos hacer uso de sus imágenes.